

## En nombre de las Abuelas de la Plaza de Mayo

Estela Carlotto\*

Muy buenos días, queridos amigos. Me siento honradísima de estar en esta mesa, y me pasa lo mismo que me pasa siempre cuando estoy convocada a formar parte de un panel tan especial: aprendo. Estoy aprendiendo, estoy renovando las lecciones de la historia nuestra, de la historia de la humanidad, y aprendo cosas que realmente lucen, que nos hacen bien a todos. Cuando se acercaron estos jóvenes—con estos ideales tan hermosos de hacer algo para mejorar esta historia de nuestra Iberoamérica—me sentí comprometida a acompañarlos, a alentarlos, a formar parte, en la medida de lo posible, de esta primera Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos, que nos honra que sea acá en Buenos Aires. Vine con mucha ilusión a este encuentro, y debo decir que a la emoción de venir se añadió la emoción de pisar las escalinatas de este edificio histórico en Buenos Aires por donde, desde muy chiquita, yo transité, porque mi papá fue parte de la historia de este correo; fue jefe de correos en pueblitos pequeños, pero siempre recalaba en este lugar. Me emociona mucho recordar aquel mundo en el que yo me crié cuando era niña. Era un mundo de confianza, de dormir con las puertas abiertas, de dejar el auto sin llave y la bicicleta en la puerta; donde, cuando salíamos a hacer alguna comprita, nuestra mamá no se preocupaba de que nos pudiera pasar algo, y si nos pasaba algo—como perdersnos—nos aconsejaba acudir al vigilante de la esquina. Hoy mis nietos, nuestros hijos, han estado y están en un mundo totalmente distinto, donde imperan la desconfianza y el miedo. Antes las casas se vendían de palabra, y no se compraba cuando no se tenía plata, por pudor. Hoy todo es tan complicado que yo, por

---

\* Estela Carlotto es presidenta de las Abuelas de la Plaza de Mayo. Discurso pronunciado el 27 de octubre de 2006, en el edificio central de Correos de Buenos Aires, con ocasión de la I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos.

la edad que tengo, añoro esos tiempos. Los de entonces, por supuesto, nos hemos adaptado a estos tiempos de cultura y de modernidad porque—si bien nosotras, las Abuelas de la Plaza de Mayo, no tocamos una tecla de las computadoras porque tenemos miedo a que exploten—tenemos jóvenes que nos ayudan, es decir, supimos también incorporar a los jóvenes a nuestra tarea.

Esta vez veo caras de jóvenes de toda Iberoamérica, interesados en juntarse para fijar, finalmente, pautas e ideas. Para nosotros, los de nuestra generación, esto es algo muy importante; es la tranquilidad de saber que nosotros vamos a terminar pronto un camino pero va a haber una continuidad en la lucha. Ustedes saben que las Abuelas nacimos por una lucha que no buscamos—yo siempre, irónicamente, digo que no somos un grupo de señoras gordas que un día dijimos: «vamos a jugar al bridge»—. Nosotras fuimos cambiadas en nuestra vida, en lo cotidiano, para buscar a los hijos y a los nietos que la dictadura nos robó. Y tuvimos una vida bastante especial aquí, en Argentina, donde, por la memoria que tengo, las dictaduras permanentes no permitieron un ejercicio democrático. Siempre hubo quienes, desde el poder de las armas, interrumpieron los gobiernos elegidos por el pueblo. Este periodo de democracia que llevamos en la Argentina es el más largo de la historia, y estamos cuidándolo muchísimo, consolidándolo, construyéndolo, porque eso es lo que tenemos que hacer junto con toda Latinoamérica.

Con Latinoamérica tenemos en común las dictaduras atroces, que nos han dejado un sello muy doloroso de lucha. Nosotros, desde nuestra lucha, supimos unirnos como latinoamericanos para pedir verdad y justicia y formamos lo que fue una agrupación que nació en 1981, en Venezuela; una federación de familiares de latinoamericanos que teníamos que reclamar—seguimos haciéndolo—por las víctimas de estas dictaduras tan atroces. En este camino hemos tenido que abrir muchas instancias desconocidas, por eso no hay edad para una lucha y no hay, tampoco, varón o mujer—en este caso, somos mujeres que llevamos adentro nuestro un bagaje muy fuerte de lucha, que no lo conocemos hasta que nos provocan—.

Nosotras, las de nuestra generación, teníamos ya delineado un camino muy común, muy burgués y conformista si se quiere, donde, por

suerte, criamos hijos muy libres e independientes. Ese tiempo se nos cambió a nosotras, que cambiamos de prisma por esa experiencia y esa lucha de esa generación del setenta en adelante, que no quería más injusticias y hablaba de justicia social. Nosotros los padres, que estábamos en otra órbita, fuimos aprendiendo de ellos, comprendiéndolos, teniendo mucho miedo de que les pasara lo que les pasó, que tuviéramos que salir a buscarlos porque los habían desaparecido, y para siempre. Por eso, ese aprendizaje con nuestros hijos se transfiere a ustedes hoy, en mi persona, en nombre de las Abuelas y de lo que representan, que es la gran esperanza, el presente y el futuro.

Yo creo que es muy interesante valorar que estamos en Iberoamérica, con nuestras propias culturas de varios lados, y tomar la parte grande, esa parte que nombraron muchos de nuestros próceres y que, por diferentes motivos e intenciones, nunca se pudo concretar. A veces quieren que nos peleemos con Chile por un pedacito de tierra, o por un río con los países limítrofes, o por el petróleo, por el gas, el agua... pero todo eso es nuestro y es de todos, porque el mundo es de todos y todos debemos vivir en el mismo mundo, con la tolerancia y la libertad.

Para nosotros, que hoy ustedes, jóvenes, estén acá, comprometidos, es saber que nosotros vamos a llegar a un sitio dejándoles el camino abierto. Porque las Abuelas, que somos madres también, lo que queremos es garantizarles que pensar va a ser posible a pesar de las diferencias y del miedo a que los desaparezcan; queremos que tengan trabajo, que tengan cultura, que puedan realizarse como personas con dignidad, que puedan formar familia, criarla y no ver morir niños de hambre en países ricos o escarbando basura sin atención. Todo eso es un sueño que lo hemos empezado a realizar las Abuelas humildemente, pero hay que continuarlo. En nuestra sede trabajan muchos jóvenes de los que hemos encontrado, nietos robados por la dictadura. Aún faltan muchísimos, pero ellos están con nosotros, nos dan vida, nos enseñan a cambiar nuestra perspectiva, nos respetamos. Ese respeto les quiero traer hoy a ustedes también; nuestro respeto, nuestra gratitud, y el deseo de que de acá salgan conclusiones que realmente sirvan para todos, no sólo para Latinoamérica e Iberoamérica, sino para todo el mundo. Que el mundo sepa que hay jóvenes que practican la solidaridad. Yo les agradezco de todo corazón esta oportunidad que me dan de conocerlos. Les deseo lo mejor, y que estas jornadas queden plasmadas como un hecho histórico en Iberoamérica.